

Buena sombra

LA tenía, indudablemente, José María Gómez, el marido de la Dositea, cuya vida fué una pura broma, porque él solo percibía el lado risueño de las cosas, aun-

que fuera rebuscándolo y disimulando la parte triste que siempre hay en todo.

Fué un hombre admirable, jovial, ocurrente, divertidísimo y puntual asistente a todo lugar de expansión, que alegraba con su presencia. Hacía muy buena pareja con Reyes Romero «Brocha» del que era inseparable, hasta el punto de que un día le llevó a las olivas del cerro en su tálburi. Reyes arreaba, decidido, y José María cayó al suelo. Al reparar que no iba en el cochecillo, volvió a por él y lo encontró maltrecho y con un brazo roto. Pues bien, fueron a sus casas, inventando historias leves, sin decir lo que había pasado y tan amigos. ¿Para qué asustar a la familia y producir disgustos? ¿No es una norma admirable? Y así siempre.

Le dolían las muelas a la Dositea y se le hinchó la cara, tanto, que decidieron sacársela. No encontró a Manuel Quintanilla en la tienda y se acercó a ver si estaba por la estación, pero allí tropezó con el Conde y otros amigos que iban al teatro, a Madrid. Lo lijaron en su capa y se lo llevaron. La pareja de escolta de la guardia civil fué a explicar a la Dositea la ocurrencia, que no estaba dando las muelas, porque ya Manuel se las había quitado por partida doble; primero, la buena, y luego la mala. La Dositea recibió a José María como si tal cosa, porque como mujer de gobierno sabía lo que se hacía y porque, ¿qué iba a hacer si a él lo arrastraban todos los aires o se iba solo detrás de cualquier musaraña?

Un día, entró al Casino un morceguil. José María penetró en el salón persiguiéndolo con su sombrilla y se armó el gran escándalo, corriendo por mesas y divanes hasta que se quedó solo con el puño de la sombrilla.

Solía decir que a él le pasaba lo que a nadie y tal vez tuviera razón o acaso que pasándole las cosas que a todos, en él eran como en nadie. Fueron a la laguna y como aquello está tan desamparado, se entró en uno de aquellos cajones en función excusada. Pues bien, en ese momento fueron a volcar la caseta para sacarla fuera de la casa y le hallaron en la consabida posición, moviéndose la algazara natural.

Soñaba en su cama plácidamente que perseguía a un gato y dió tan fuerte patada contra la pared, soñando dársela al gato, que estuvo cojo dos semanas, pero él iba al Casino disimulando y para que no se rieran decía que se había escurrido en el corral.

¡Carácter admirable y envidiable el de José María! Con el que no hay duda que se ahorra muchos sufrimientos y aminoraba la cuantía y la trascendencia de todos sus quebrantos. Sirva de ejemplo a todos.

Una noche sufrió un contratiempo con los naipes y al salir a la calle se desabrochó las ropas, diciendo:—«¡Ánimas benditas, dónde están esas pulmonías, que no me coge una antes de llegar a mi casa!»

¿Qué has dicho?

LLEGO un individuo al telégrafo preguntando por el señor «Brocha».

Reyes, dijo que no sabía quién era ese señor, que él era D. Reyes Romero, jefe de telégrafos. El hombre siguió calmosamente su explicación:

—«Yo no lo conozco, pero es que venía a trearle una cantidad que me han dado y... claro... Reyes, cambió el rumbo inmediatamente.

—Vamos a ver, vamos a ver: ¿Has dicho que tienes que entregarle una cantidad? Y como trayendo las cosas de muy lejos con el pensamiento, siguió, pues mira, «Brocha», «Brocha»... soy yo.

Función incompleta

ECHABAN la «Muerte y Pasión» y le preguntaron a una si le había gustado.

—Sí, pero lo último no salió.

—¿Que no salió lo último? Salió el Prendimiento, el Calvario la Resurrección y la Ascensión. ¿qué querías?

—No, señora; decía una cosa de sastrería, que no salió

El final del programa decía: «Decorados y sastrería, de la casa tal».